

ESTADOS UNIDOS

Azotes en la frontera, la acogida del católico Biden

INTERNACIONAL

24_09_2021



**Stefano
Magni**



La primera imagen que impactó de la última crisis migratoria en la frontera entre México y Estados Unidos es la de los policías montados que usan el lazo de sus caballos como látigo, para ahuyentar a masas de migrantes de la ribera estadounidense del Río

Grande, en el tramo fronterizo tejano. “Los conocidos tejanos de ojos de hielo”, se podría decir. Sin embargo, la orden de cerrar la frontera esta vez provino de la Casa Blanca de Biden. De hecho, del presidente que prometió un cambio radical en la política de inmigración con respecto a Trump.

Algunas cifras ayudan a comprender la tensión que se ha creado en la frontera esta semana. El miércoles pasado llegaron 9.000 emigrantes haitianos a la ciudad fronteriza de Del Rio, Texas. El sábado, otros 6.000 cruzaron el Río Grande para ingresar a Estados Unidos. Acamparon en condiciones higiénicas más que precarias, con poca agua y poca comida, asistidos solo por la buena voluntad de los ciudadanos y las autoridades locales. En total, 35.000 haitianos entraron a la frontera de Texas de esta manera. A esta repentina afluencia de inmigrantes, el gobierno federal respondió cerrando la frontera. De ahí las escenas de policías a caballo que repelen de mala manera, prácticamente “azotando” a quienes aún intentaban cruzar el Río Grande. Vehículos de la policía texana bloquearon el puente internacional y, lejos de las cámaras, tres vuelos llevaron a los inmigrantes ilegales de regreso a Puerto Príncipe, la capital de Haití.

Esta crisis sigue desde hace apenas unos meses de la primavera pasada, cuando una masa cada vez más incontenible de emigrantes de Centroamérica presionó en las fronteras, pidiendo asilo. Y eran en su mayoría niños no acompañados los que más se veían. Incluso bajo la administración de Biden, como en la de Trump, los niños han sido confinados temporalmente en los centros de detención fronterizos, en las “jaulas” que causaron tanto revuelo en los años de Trump y ahora se ven como una solución temporal y necesaria.

Dejando de lado el doble rasero, la respuesta de la administración Biden a la inmigración ilegal debería plantear serias dudas a la minoría católica que votó por el presidente católico, especialmente sobre la base de su política de acogida. El programa de Biden, desde un punto de vista católico, es de hecho una larga lista de “a pesar”. Votarlo de todos modos, a pesar de su política ultra abortista, a pesar de su política sobre la familia, a pesar de su política sobre los “nuevos derechos” género y transgénero, a pesar de la condescendencia hacia las instituciones culturales que quieren suprimir la libertad de religión, ¿a pesar de estar dispuestas a reformar y ampliar la Corte Suprema que por primera vez tiene una mayoría de jueces cristianos y conservadores? Al final, quedaba solo la política de acogida a los inmigrantes para marcar la diferencia. Pero ahora, si los que levantan muros no pueden “llamarse cristianos”, ¿pueden llamarse tales los que azotan a los inmigrantes? Aquí también

corremos el riesgo de caer en los dobles raseros típicos, inducidos por la ideología liberal compartida por la gran mayoría de los medios estadounidenses: todo está bien, basta que venga de la izquierda.

La segunda reflexión, en cambio, es sobre lo que se puede llamar una política de inmigración más moral. En primer lugar: si Haití es realmente una crisis humanitaria, ¿por qué la inmigración desde la isla no se ve como un problema de refugiados a ser acogidos? Como explica Todd Bensman, investigador del Centro de Estudios sobre Inmigración del [New York Post](#), (y como ya han confirmado numerosas entrevistas sobre el terreno): “Todavía no he conocido a ningún emigrante que venga directamente de Haití. Pero probablemente estén pidiendo asilo por los problemas que estallaron en Haití”, según el investigador, los haitianos ya tenían una vida laboral propia en Sudamérica, muchos vienen de Brasil donde habían trabajado para los últimos Juegos Olímpicos. Luego: “Dicen que se enteraron de que Joe Biden estaba abriendo las fronteras, así que decidieron venirse”. Está claro que también aquí, como en el caso de los barcos de ONG en el Mediterráneo, ha entrado en juego un “factor de atracción”. Es la actitud de aceptación de Biden-Harris, mucho más que la crisis haitiana, lo que empuja a estas decenas de miles de personas a intentar cruzar la frontera ilegalmente. ¿Es una forma moral y responsable de gestionar la inmigración? Ciertamente no. La prueba es que la propia administración Biden-Harris debe entonces recurrir al cierre de la frontera para evitar una crisis humanitaria en casa. No se puede prometer algo que no se puede mantener, por razones obvias de espacio. 35.000 solicitudes de asilo no se pueden procesar en una sola semana, mientras que el número de solicitantes crece en miles cada día. Ciertamente se deben requerir métodos y herramientas humanas (sin látigos, sin jaulas para detener a los niños), pero no se puede esperar que las fronteras queden abiertas sin control.

¿Es moral aspirar a la utopía de un mundo sin fronteras, en el que ni siquiera es necesario buscar asilo, o demostrar que se tiene derecho a él, porque cualquiera puede trasladarse a cualquier lugar y establecerse donde quiera? Si la libertad de circulación es indudablemente un derecho, no se puede decir que lo sea la libertad de establecimiento. La acogida del prójimo en la propia casa o en el propio país debe ser un acto voluntario. Si se impone (por la fuerza, por el voto o por el mero peso de la masa) el derecho de uno se convierte en expropiación del otro. La intelectualidad de izquierda está orientada hacia esta solución expropiatoria "planetaria". Pero ante esta perspectiva, en concreto, incluso un presidente de izquierda, un católico, pone el pie y frena. Adoptando los mismos métodos de quienes fueron condenados por construir muros.